

EL "caudillo" descansa un momento, después del viaje, antes de pronunciar su discurso en un salón de la capitania general de Burgos. Se ha quitado la guerrera. Hace todavía calor en el incipiente otoño castellano. Luego entrará alguien a ayudarlo a arreglarse. ¿Un ordenanza? ¿Un ayudante? ¿Un moro de su guardia? ¿El propio capitán general? ¿El arzobispo de Burgos? Es lo mismo. Alguien entrará. Ayudará a ponerse la guerrera al "generalísimo", le pasará un trapo por las botas, le cepillará un poco por encima el uniforme. Y listo para el discurso. Franco va a hablar a España, a la cristiandad, al mundo entero. Dentro de unos minutos estará en el "salón del trono" de la capitania general, entre uniformes, hábitos, bandas, cruces, pectorales, cascos, solideos, espuelas y zapateriles hebillas eclesiásticas. Entonces tendrá que pronunciar un discurso. Ahora trata de pensar lo que va a decir.

"Hace ya diez años —piensa. ¿Cómo pasa el tiempo! Aquí mismo fué, en esta capitania general, desde donde salvé a España. Ya estoy otra vez aquí, en Nurembergos... ¿Cómo? ¿Qué se me ha escapado? ¿Nurembergos? ¡Horror! Quise decir Burgos, Burgos... Nuremberg es otra cosa... ¿Cómo se les ha ocurrido dictar la sentencia el día de hoy! Parece que lo hayan hecho aposta para fastidiarme. Bueno. En último caso, yo no tengo nada que ver con Burgos, digo con Nurembergos, digo, con Nuremberg... Con Burgos sí que tengo que ver. Desde aquí salvé a España. ¿Qué tío! Y no solamente a España. Desde aquí salvé la civilización cristiana y occidental. ¿Que de qué la salvé? ¡Ah!, pues de la barbarie moscovita. Eso fué gracias a la División Azul. Claro que no fui yo solo. Hay que ser justos. Yo no olvido a Mussolini, ni a Hitler (¡qué final, los pobres!), ni a Goering... Hombre, ¡otra vez Nuremberg! Yo creo que sí: que le aprietan el gañote. ¡Y todo por querer salvar también la civilización occidental de la barbarie bolchevique! Pero, ¡dale otra vez con Burgos, digo, con Nuremberg! Entendámonos. ¿Estoy en Nurembergos o en Burgos? ¿Es esto Castilla la Vieja o Baviera? ¿Ese río es el Arlanzón o el Pegnitz? ¿Me esperan ahí fuera los generales Dávila y Saliquet, a los maestros cantores de Hans Sachs, poeta y zapatero? Me armo un lío... Yo soy el jefe del Estado Azul. España Una, Grande y Libre. Eso está ya más claro. ¡Franco, Franco, Franco! Perfectamente. Pero, entonces ¿por qué han de darle garrote a Goering? ¿Y al mariscal Keitel? ¿Y al ministro von Ribbentrop? ¿Y a mi amigo, el jefe del Estado Mayor, Alfred Jodl? ¿Y al gran Rosenberg? ¡Parece mentira! ¡Todos a la horca! En cambio, se han escapado de morir así el doctor Schacht y von Papen. Es como si aquí escapasen Benjumea y Yanguas Massia...

Basta, no quiero pensar más en Nurembergos. Ya estoy aquí, en Nuremberg, que es lo que importa. ¡He dicho Nuremberg! Me he equivocado. Quería decir Nurembergos... Bueno, como sea: la patria del Cid, la cuna del "Movimiento Salvador". Aquí fué. Cerca del paseo del Espolón. Aquí me proclamaron jefe del Estado. De todo el Estado. No sólo del Estado Mayor, sino del Estado máximo, que es el Estado [alangista, tradicionalista y de la Jons... Resulta que los condenan a morir en la horca, pero no los condenan por lo que son, sino individualmente. ¡Ay, otra vez pensando en Nuremberg! Pues, como decía, resulta que en Burgos, no condenan como instituciones, al Alto Mando, ni al Estado Mayor, ni al Gobierno del Reich, sino a cada nazi, individualmente. A Goering

Fuera de VALIJA

no lo ahorcarán como mariscal, ni como ministro, ni como jefe de la aviación, pero le ahorcarán como Goering. Y, a propósito, ¿qué buenos aparatos me envió para bombardear Guernica, y Madrid, y Alicante, y Granollers, y Tortosa! ¡Fué espléndido! ¿Y por qué tienen que ahorcarlo ahora? ¿Es que acaso no quería también salvar a la civilización occidental? Todos hemos querido salvarla... Quedamos, pues, en que a Goering lo ahorcarán sólo como Goering. Es como si a mi no me ahorcaran como "salvador de España", ni como jefe de Estado Mayor de la Junta de Burgos, ni como jefe del Estado Azul, ni como "caudillo", pero me ahorcaran sólo como Bahamonde y Franco. Digo, no: Franco y Bahamonde. ¡Estoy fatal! Desde que confundo Burgos con Nuremberg... Estoy, pues, en Nuremberg. Error: en Nurembergos. Menos mal que ahora acerté. Pero a mí ¿qué me han de ahorcar! En primer lugar, aun no está salvada del todo la civilización cristiana y occidental. ¿Qué val! Ahora es cuando la veo más comprometida. Habrá que enviar otra vez la División Azul. ¿No prometí yo un

millón de hombres para cuando Berlín estuviera en peligro? Pues, si está en peligro, que me avisen. Aquí, en Nuremberg, frente a mis jueces... ¡Vuelta el fantasma de la horca! ¡Si no estoy en Burgos! Donde estoy es en Nuremberg. No, no, al revés... Bueno: a esa gente que está ahí esperando, hay que decirle algo: que hoy hace diez años, que la civilización occidental, que la barbarie moscovita, etcétera... Lo que todos sabemos. Y luego que dicten la sentencia que quieran. ¡Caray, otra vez sentencias y tribunales! ¡Ay, pierdo la cabeza! ¡Si a mi no me pueden juzgar! Juzgan a esos amigos porque han perdido. Pero yo no he perdido. Si no, vamos a ver ¿quién es aquí quien ahorca? Además, no los ahorcan a ellos como jefes militares ni como nazis, sino individualmente. Este es el gran descubrimiento. Veremos si a Goering le sirve eso de consuelo cuando cuelgue de la horca. No se me va de la cabeza lo de Nurembergos, digo, lo de Nuremberg. Pero yo tengo que hacer un discurso ahora. ¡Pueblo de Burgos! ¡Ahora me ha salido bien! Bueno: les diré que no me voy, que no vuel-

to el poder, digan lo que digan en el Consejo de Seguridad. Les diré que no puedo irme hasta dejar terminada mi obra. Todo eso será tiempo que vaya ganando. Naturalmente: tengo que terminar mi obra. Y no estará terminada hasta que cada labrador castellano no tenga una camisa limpia y una sábana y un plato. No. A lo mejor lo tienen todo eso dentro de poco, y entonces ¡al tribunal de Nurembergos! ¡Ca, hombre! Mejor, dos camisas, dos sábanas y dos platos. Eso ya es más difícil. Pero tampoco es imposible. ¿Y voy a exponerme luego a que me lleven a la horca. Nada de eso. Ya está: hasta que cada labrador castellano tenga tres camisas, tres sábanas y tres platos. Creo que hay bastante. ¿No podría añadir un abrigo de pieles y unos "slacks"? No es menester. Mientras esté yo aquí, salvándolos, ¡cualquier día tienen tres camisas, tres sábanas y tres platos! Nada, nada: yo les suelto eso. Pero no sé si decirlo aquí o en Palencia. Porque luego tengo que hacer otro discurso en Palencia. Vamos a ver, si me sale la cuenta: tres camisas, tres sábanas y tres platos... Mejor lo dejo eso para el discurso de Nuremberg...

Y en eso entró el ayudante, para decirle a Su Excelencia que las jerarquías esperaban ya en el "salón del trono" de la capitania general de Burgos.

EL VALIJERO

47
12 Octubre 46
A.P.C.E.
SIG. 1. 25/1233